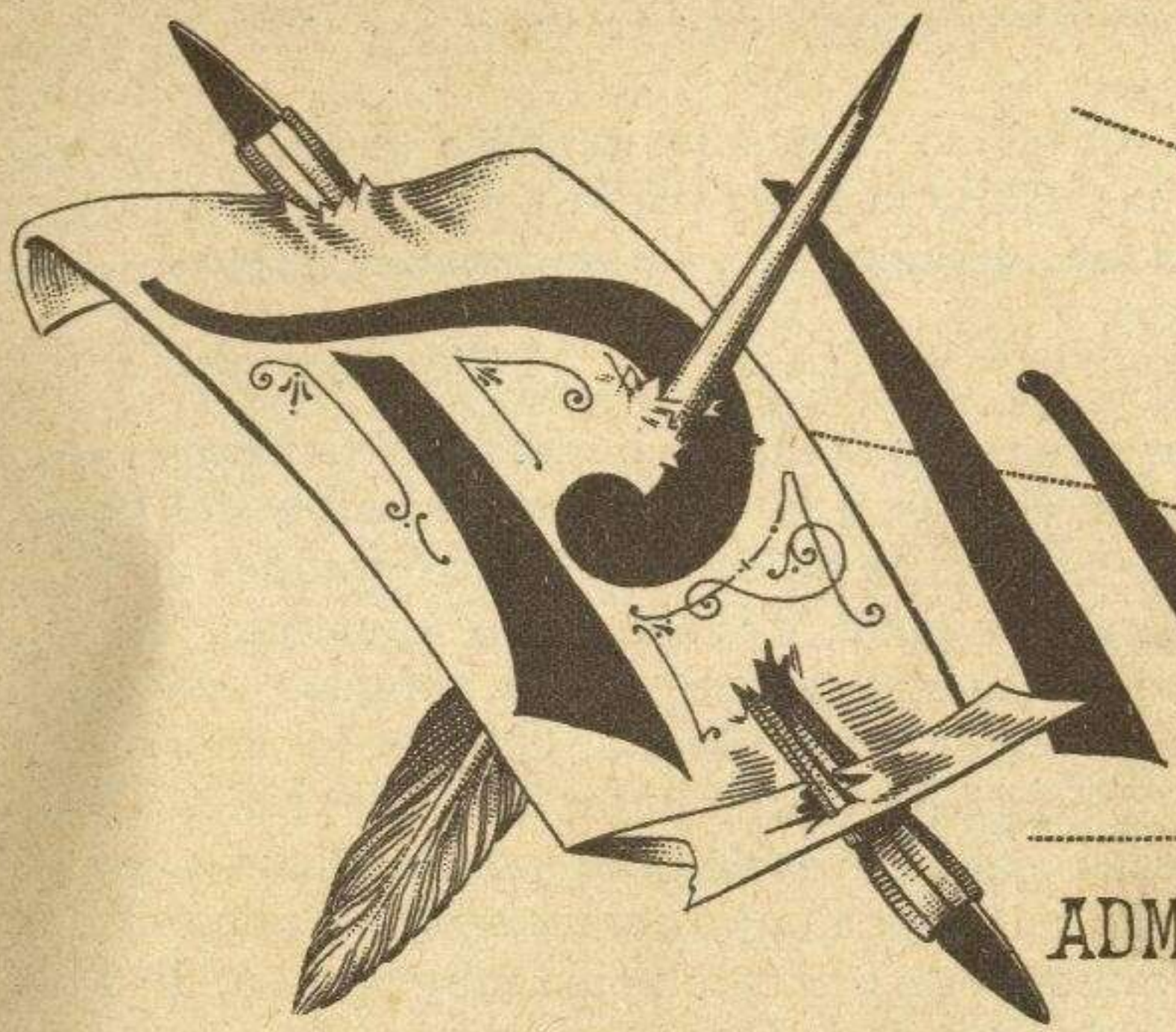


AÑO I

BARCELONA 6 ABRIL 1893

Nº 4



Aluma y Sapiz



PERIÓDICO ILUSTRADO

20 CÉNTIMOS

ADMINISTRACIÓN - BUSQUETS HERMANOS - CALLE DEL OLMO Nº 8.



PRIMAVERA



DESDE LA PUERTA DEL SOL

El templo solitario y triste, con los altares tapados por los pabellones de las moradas cortinas, con la torre muda, sin campanadas sonoras... En vez del bronce la carraca, el esquilón sustituido por un piñoneo como de dientes de vieja... Primero la nota dulce y espléndida de las palmas el Domingo de Ramos, después la nota radiante del monumento rebosando de cirios, bañado de luz, deslumbrador, del Jueves Santo, luego la nota sombría de los sagrarios abiertos, de las capillas vacías, de las naves oscuras del Viernes... Los versículos del Evangelio difuminándose y hundiéndose en las estrofas del Miserere magestuoso... La entrada en Jerusalén, la subida al Calvario, las últimas palabras en la Cruz... Diez y nueve siglos há que sucedió la tremenda catástrofe, y aun responde el corazón con sus latidos y la cristiandad con su conmiseración, al sacrificio sublime...

La palabra santa no cesa de repercutir en toda la semana en el púlpito; el pueblo aglomerado al pié de la cátedra sagrada, escucha y piensa... Y ahora, como nunca, pónese de relieve el noble fundamento de la doctrina católica, basada en la abnegación purísima... El sermón de la montaña, las frases postreras en el Calvario; la humanidad redimida y regenerada... ¡Triste de aquel á quien nada dicen estos días!...

Quando el Supremo Hacedor creó la camelia, debió de exclamar, poco más ó menos:—Me ha resultado muy hermosa, pero el caso es que se me olvidó proveerla de perfume, y ahora no tengo á mano aroma de rosas, que es el que se merece... Después de todo, le basta con su presencia... En cambio, otras flores son muy feas á pesar de oler bien...

Pero el Supremo Hacedor, se conoce que sentía en lo íntimo de su alma el descuido, y para compensarlo, todo se le volvía pensar qué haría en pró de la camelia y cómo la ensalzaría mejor... Ocurriósele entonces una idea soberana, se sonrió satisfecho, y diz que exclamando,—ya tiene un trono! creó la española mantilla de madroños, con viso de raso.

Claro es que la camelia vá al baile sobre traje de corte, entre las blondas del escote, ó prendida en el terciopelo del pecho, y que la mantilla de madroños asiste á los toros en compañía de los rojos claveles; pero semejante divorcio es un trastocamiento de las leyes naturales... La camelia fué creada para la mantilla de madroños, como la mantilla de madroños fué creada para la camelia, y solo cumplen su misión en esos días grandes y solemnes en que la jovencita las reúne junto á su corazón, para adornar y embellecer sus veinte frescos abriles: en Semana Santa.

La fábrica está sepultada en el silencio... Los tirantes que van y vienen por el techo de las naves estremecidos, permanecen quietos; las poleas, que chirrían al girar, se hallan inmóviles; las grandes cámaras no se encuentran ensordecidas por el inmenso rumor de los miles de lanzaderas... El batán deja por hoy en paz á las telas, y no se acuerda de sus manazas formidables... La caldera no hierve, ni la máquina ruje, ni el silbato aturde, ni los émbolos obligan á dar vueltas á la rueda... Por los patios no se escuchan las vagonetas que pasan cargadas de géneros, arrastradas por caballos que relinchan... Por ninguna parte se oye un cantar de mujer, ni un juramento de hombre... Solo, de cuando en cuando, las pisadas lentas del guarda, que atraviesa por una crujía, ó las cautelosas del mastín, extrañado de no ver gente...

La luz de la tarde penetra á raudales por las ventanas... ¿Que ocurre?... ¿Huelga? No, no se advierte en el establecimiento nada anormal, no se ven señales de agitación, no se distinguen tricornos ni fusiles... Por los alrededores de la fábrica circulan grupos de obreros con sus mujeres y muchachos; todos visten sus trajes de domingo... La ciudad, como los pueblos próximos, Barcelona, Sans, Bada-

lona, San Andrés, despiden el mismo inmenso rumor de muchedumbre... Es que ha llegado la fecha piadosa en que el operario se manumite, siquiera accidentalmente, de su palanca... Estamos en Jueves Santo.

Días pasados acudían tres ó cuatro berlinas particulares, arrastradas por poderosas yeguas, á la puerta del Príncipe del Palacio Real, y de los elegantes coches descendían varios grandes de España, con el uniforme azul y plata, y el sombrero apuntado con pluma blanca, peculiar de los maestrantes de las antiguas órdenes de caballería... A poco sonaron, en la plaza de Oriente, los acordes dulces de una charanga militar, brillaron entre el ramaje reflejos de armas y aparecieron los alabarderos de gran gala, arcaicos, pero pintorescos, con sus tricornos, su alta polacra negra, su calzón blanco y su rizos rojos. Tratábase de una ceremonia muy curiosa, la de cubrirse varios nobles delante de la Reina.

El acto es típico y solemne; el título á quien se concede tal merced acude á la cámara régia con su padrino, pronuncia su discurso y como también pasa de saludo de los centinelas de alabarderos, es conducido por el sumiller á la escalera principal, donde se halla el cuerpo en correcta formación, y presentado oficialmente á los guardias, desfilando delante de ellos. En la presente semana han adquirido tal derecho, los marqueses de Velez, Vellisca y Santa Cristina, el conde de Gaira y el duque de Tarifa, que en su corta arenga ha dado una nota de modernismo y de modestia, anteponiendo á los méritos históricos y tradicionales, á los que debe tal honra, y que no son sino heredados y reflejos, el de la posesión de un modesto título de ingeniero de montes, logrado por su trabajo personal.

Equinocio Nubes, 270-14-1-2.

Mucho interés salvación toros Pascua no dejen descargar diluvio sobre villa corte domingo.

Cielón.

ALFONSO PEREZ NIEVA

ESPEJO DE DUEÑAS

(Recuerdos de hace dos siglos)

I
Con el manto de anascote
cubierto medio semblante;
y dejando el otro medio
entre si sale ó no sale.

El talle todo corcobas,
la nariz toda humedades
y la boca vuelta yermo
de un diente disciplinante.

Con los ojos medio ocultos
detrás de ahumados cristales,
por lo de sin carne viernes
y por lo de aciaga mártes,

Sentada cabe la reja,
la dueña doña Gonzalez,
las cuentas de su rosario
pasando estaba una tarde.

Y como son en las dueñas
hasta los rezos maldades,
y al diablo encienden dos cirios
al poner uno al arcángel,

Como á golpe de conjuro
se vió asomar por la calle
de un embozado mancebo
el noble y gentil talante.

II

—¿Qué buscáis aquí á esta hora?
—Que calmeis mis ansias, madre,
y que el fuego en que me abraso
templeis, si podéis templarle.
—¿Qué es lo que de mí pretende
el hidalgo?

—Cosa fácil:
que vos os deis á partido,
ya que ella no quiere darse.
—Mi sá Inés es casta y pura.
—Eso me empeña en el lance,
que el asedio dá más gloria
si es la plaza inexpugnable.
—Ella no os ama.

—Con eso
no será su dolor grande
si alguna vez á olvidarla
el destino me forzase.
—¿Es decir que estais resuelto?
—A todo.

—Reparad antes
que puso de Inés la honra
bajo mi amparo su padre.
—Por eso encuentro que deben
vuestras virtudes premiarse.
Mirad si en este bolsillo

hay recompensa bastante.
—¿Y qué he de hacer?

—Poca cosa:
la casa tiene una llave,
hacedla pesar en oro
y se os dará lo que vale.—

Después de quedar callados
por unos breves instantes,
entre el galán y la dueña
se cruzaron unas frases.

Mas, importaba en tal modo
á uno y otro recatarse,
que lo que allí se digeron
no pudo escucharlo nadie.

Solo se vió que á la postre,
con dedos que, por rampantes
pudieran causar envidia
á neblies y alcotanes.

La dueña, asiendo la bolsa,
mucho menos que ella frágil,
murmuró, mientras sacaba
por entre el manto una llave:
—Ya lo sabeis; esta noche
á las diez; no vengais antes,
y no temais hacer ruido
que tengo el sueño envidiable.

III

Aún del galán las pisadas
resonaban en la calle,
cuando la dueña, en un hombro,
sintió una mano posarse.

—¡Señor! murmuró turbada.
—Levantad, doña Gonzalez,
que vuestra adhesión aprecio
y estimo vuestras lealtades.
—¿Escuchasteis?

—Nada he oído;
pero adivino el alcance
de un daño á que vos sin duda
remedio en vano buscasteis.—

Y comprendiendo la dueña
que aquel viejo venerable
no era capaz, por honrado,
de ver traiciones en nadie,
plegando los secos lábios
en sonrisa repugnante,
gruñó para sus adentros,
—¡Hay negocio por dos partes!

Lo que el señor y la dueña

hablaron aquella tarde
no hay testigo que lo cuente
ni papel que lo relate.
Pero es fama que la vieja,
yendo á su cuarto á encerrarse
para rezar de rosario
no sé si cinco ó seis partes,
acariciando el bolsillo
que tomó momentos antes,
gruñó, como aquel que quiere
con sí mismo congraciarse:
—Yo cumplí como debía,
si bien las cosas no salen
Dios nos ilumine á todos
que buena falta nos hace.

IV

Del fin de aquella aventura
tan sólo la villa sabe
que la ronda, aquella noche,
halló un muerto en cierta calle.

Por mozo noble le daba
su apuesto y gentil talante,
y sus heridas decían
que no fué á traición el lance.

Por lo demás, no merece
tanta atención un cadáver,
cuando no hay noche en la corte
que sin su par de ellos pase.

Quedó el misterio en las sombras,
nadie de él volvió á ocuparse,
que al fin y al cabo es muy justo
que quien hizo el mal lo pague.

Sólo en apartada estancia,
aún la espada tinta en sangre,
así á una dueña decía

un anciano, con voz grave:

—Por vos, limpio mi honor queda;
Dios vuestras virtudes pague,
y mal haya quien de dueñas
con pocos respetos hable.

ANGEL R. CHAVES

LAS HORMIGAS

De un hormiguero que hay en aquel prado
que está junto al camino reclinado,
salieron una tarde mil hormigas.
Allí había de todo:

padres, madres, hermanas, y aún amigas.

Y torciendo á la vez por un recodo,
entraron lentamente
por el blanco camino,
que cruza el valle hasta el lugar vecino.

Iban todas andando alegremente;

ya en busca de alimento,

ya tomando el calor que el sol envía;

y con pausado, suave movimiento,

la cinta negra siempre se movía,

ondulando... ondulando...

¡quién sabe si de amores platicando!

De pronto, un cochecillo,

se asomó por un verde montecillo,

y entró en la carretera

un momento después, y á la carrera.

Era el correo: el conductor cantaba;

y entre el polvo y la grava,

aplastaron las ruedas y el caballo

al pasar con empuje violento,

cuarenta hormigas, cuyos nombres callo

porque nunca los supe, aunque lo siento.

Las demás... se pararon un instante,

y luego... continuaron adelante,

en busca de la paja ó del granillo,

como antes de pasar el cochecillo.
¡Y allí quedaron solas y olvidadas
las pobres que murieron aplastadas!

Es el mundo también un hormiguero.

Hormiguitas los hombres, que buscamos

cada cual por distinto derrotero,

ya la gloria, ya el pan que deseamos.

Pasa la Muerte, pálida y escueta,

cantando en su carreta,

y aplasta dos ó tres que coje al paso,

grandes ó chicos ¡ay! no importa al caso.

Los demás... nos paramos un instante,

resuena algún lamento,

y luego... continuamos adelante,

porque aquí, ¡nunca cesa el movimiento!...

Al que cae, se le deja y se le olvida;

hay que seguir *buscándose la vida*

sin perder un momento;

pues nos causa la caza del sustento,

como la de la gloria,

tantas humillaciones y fatigas,

que no nos quedan tiempo ni memoria

para llorar, y recordar los nombres

de los hombres que mueren como hormigas,

ni los de hormigas muertas por los hombres.

CONSTANTINO GIL

VERDI Y CASTELAR

I

JURO por lo mas sagrado, y sin ninguna reserva mental, que hasta el presente momento—30 de marzo de 1893, á las dos y media de la tarde—no había leído un artículo de D. Emilio Castelar, publicado por la *Ilustración artística* de Barcelona, en el número 583, correspondiente al 27 de febrero próximo pasado.

Bajo la rúbrica general de *Murmuraciones europeas*, el eminente tribuno se ocupa, á propósito del estreno de *Falstaff*, de Verdi, de la música, de Donizetti, de Bellini, de Wagner, de Silvio Pellico, de Leopardi, de Jehová, de Garibaldi, Massini, Cavour, Victor Manuel y Azeguir, de Shakespeare, de Voltaire y de Moratín, de Miña, de Quintana y del Empecinado, etc., etc., etc.

Acabo de leer ese trabajo del tribuno inagotable, cuya pluma ha llegado á los últimos extremos del reblandecimiento, y me encuentro sofocado, empalagado, ahito, después de escuchar esa sinfonía de palabras huecas, de altisonancias sin cuento, fingida, amanerada, inaguantable, que le deja á uno la visión de un Liceo Rius de la literatura española.

Perdónenme ustedes, si tengo la osadía de expresarme así. Es que no puedo mas, es que necesito desahogarme, dando á luz una indignación de la cual estoy en estado interesante hace mucho tiempo.

Si me he callado hasta ahora es porque aquí todo el mundo se calla cuando no se trata de la mas insignificante majadería política ó de algun crimen horrendo, como el del niño del Escorial.

Contra estos crímenes clama la prensa á caza del perro chico, pidiendo que Themis caiga inexorable sobre los criminales y los haga pedazos sin contemplación.

De los crímenes literarios se ocupa la gente del oficio para clavar en la picota á algun pobre principiante ó á cualquier inofensivo cóngrio.

En cambio los grandes los cometen á todas horas con el desahogo que da siempre la impunidad asegurada. Aquí los Goliath se entretienen en matar moscas, y lamen las zarpas á los leones, aunque sean como la fiera ciega y tiñosa que mató en su expedición famosísima el gran Tartarín de Tarascón. ¡Y así anda ello!

Comienzo por declarar que me postro de hinojos ante un hombre que vive de su pluma, despues de haber ocupado los puestos mas elevados de la nación. Por este concepto, la admiración y el respeto que me inspira el Sr. Castelar no tienen límites. Es un trabajador y un hombre honrado y el único ejemplar de su clase en España, por lo cual es pálido todo encomio, tratandose de un fenómeno así.

Caigo, pues, de rodillas ante Castelar, y vuelvo á decir que lo admiro y lo respeto profundamente, en este país de gandules y de excépticos, donde el ilustre tribuno es un monumento de laboriosidad y de honradez.

Pero ¡por Dios y por la Virgen Santísima! que no me hagan aceptar como buena la literatura del autor de *Murmuraciones europeas*, cuando ha llegado á un período de afeminamiento retórico capaz de despertar en cualquiera deseos de revolcarse en el estiércol.

No es esta ocasión de ocuparme detenidamente de la materia; quizá lo haga en breve, con el título *Literatura de Castelar*, en la cual procuraré demostrar que el jefe de los posibilistas es en las letras un aborto de Victor Hugo, de quien pretende imitar las muecas sublimes, un Victor Hugo *cortado*; quiero decir, que entre el gran poeta en verso y el insoportable poeta en prosa, hay la diferencia que existe entre la leche buena y la leche cortada.

Hoy no puedo ni quiero hablar mas que del crítico musical que viene á asfixiarnos con la pomada de su literatura, y vierte en tres columnas del semanario barcelonés todos los rancieros perfumes de su tocador. ¡Y qué tocador! El tocador de una jamona marchita que pretende hacerse pasar por joven á fuerza de retoques y de pintura.

Como los artículos de Castelar son mares de flores de trapo donde tiene uno que zambullirse y permanecer una eternidad para encontrar la Idea, así hay que buscar á Verdi, en el trabajo á que me refiero, para comprender lo que el autor piensa del músico de *Falstaff*.

Veán ustedes como empieza su artículo:

«¿No creéis hablan de un resucitado si de Verdi oís hablar? Su fuerte ritmo que al combate moviera y empujara con belicosos acentos, inspirábase de suyo en el esfuerzo empleado por Italia para sacudir sus cadenas, trocando el hierro de aquellos pesadísimos eslabones en espadas apercebidas á vibrar y centellear y fulminar contra las irrupciones y los irruptores históricos. De aquí, del afecto bélico, sus obras enérgicas como la voluntad de un general victorioso y resonantes como la carrera de un ejército heroico.»

Como se ve, el Sr. Castelar idealiza aquí á su modo la primera manera de Verdi, puesto que mas tarde, y para remachar el clavo de su *abracadabrante* estilo, añade:

«Desde tal aparición (la de Verdi) el ritmo vigoroso, parecido á una espada centelleante, resonó en el *Atila* y en el *Macbeth* indicando un desarrollo de fuerzas hercúleas, una crispación de músculos férreos, una voluntad de combates ciclópeos, como si los esclavos se hubieran trocado en titanes y erguidose á recoger el rayo de Prometeo al firmamento para lanzarlo sobre las cabezas de los déspotas. No significaban menos aquellas indignadísimas estrofas en que un pueblo esclavo como el pueblo de Dios, con Salmos tan fuertes que sus gritos de águila hendían el cerrado cielo y hacían bajar la frente de Jehová, en otros tiempos impasible á los calabozos babilónicos, anatematizaba enfurecido al Nabucodonosor de sus enemigos y le derretía en las sienes al fuego de los cielos el oro de su corona.»

¡Lectores de mi corazón! Díganme ustedes si han leído en su vida colección tan grande de tonterías; díganme ustedes si eso no es la carencia total de sentimiento y la negación absoluta del estilo; si eso no representa la ficción, lo falso, la mentira, desbordándose como un torrente.

¡Cómo *cambean* los tiempos! podría decirse al Sr. Castelar. Hoy dice de Verdi lo que no siente, lo que no ha sentido nunca; se engaña á sí propio y quiere engañar á los demás.

Ayer decía la verdad con respecto al autor de *Aida* y decía ¡es natural! todo lo contrario de lo que hoy asegura al través de su hojarasca inenarrable.

El Sr. Castelar olvida tal vez que en 1872 publicó *La propiedad literaria* de la Habana una serie de *Semblanzas contemporáneas*, del egregio tribuno, entre las cuales se contaba la de Rossini.

Por cierto que entre las flores de trapo que ha cultivado con tanto cariño el Sr. Castelar, ofrezco á ustedes el siguiente *bouquet* que se halla en la semblanza referida:

«Entonad la plegaria de *Moisés* y sentireis los hemistíquios de la Biblia, la voz del pueblo escogido, los ecos de las olas del Mar Rojo mezclados con los ecos de las cumbres del Sinaí y la palabra de Dios tronando tan sublime como una tempestad infinita sobre todo el Universo.»

¡Sentir es! ¡Y decir que Rossini escribió esa plegaria para que



L A S C A

no se sintieran *las olas del Mar Rojo* que en la noche del estreno habian hecho reir estrepitosamente á toda la concurrencia!...

«Parece que el hada de la armonía es madre de Rossini. Y nadie diría sinó que lo parió cuando Diós templaba el órgano inmenso de las esferas, que tiene por registros las estrellas.»

¡Diós convertido en organista, por obra y gracia del Sr. Castelar! ¡Y las estrellas en registros! ¿Quién daba á los fuelles? El señor Castelar indudablemente, cuya literatura es aire, aire y nada más que aire.

Me detengo, porque si hubiera de presentar más flores castelariñas sería el cuento de nunca acabar, y vuelvo á Verdi.

En la semblanza de Rossini relata Castelar una visita que hizo al autor del *Barbero de Sevilla*, con quien entabló conversación, cometiendo la inconveniencia de decir pestes contra Verdi á un compatriota y á un compañero de profesión.

Oigan ustedes lo que dijo el Sr. Castelar á Rossini:

«Veo á todas las primas donnas de más celebridad quedarse sin voz muy jóvenes. Yo lo atribuyo al pésimo género de canto que ha traído Verdi, á su manía de desgarrar las gargantas, estirándolas, digámoslo así, en una *tessitura* imposible, á sus *allegros*, capaces de fatigar á las locomotoras, á sus acompañamientos de trompas, tambores, fraguas, campanas, serpentones, que destruyen la voz humana, instrumento como el cristal sonoro, pero como el cristal frágil.»

¿Qué les parece á ustedes el Castelar de los desgarros de garganta, de los *allegros* capaces de fatigar á las locomotoras, de los acompañamientos de trompas (!) de fraguas (!!), de serpentones (!!!) y demás lindezas, comparado con el Castelar de las espadas vibrantes, centelleantes y fulminantes, del afecto bélico, de las fuerzas hercúleas, de los combates ciclópeos y de aquellas indignadísimas estrofas con las cuales un pueblo esclavo como el pueblo de Diós etc., etc., etc., anatematizaba enfurecido al Nabucodonosor de sus enemigos y le derretía en las sienas, al fuego de los cielos, el oro de su corona?

Cuanto á la «manía de desgarrar las gargantas, digámoslo así, en una *tessitura* imposible» oiga el Sr. Castelar á Arthur Pongin:

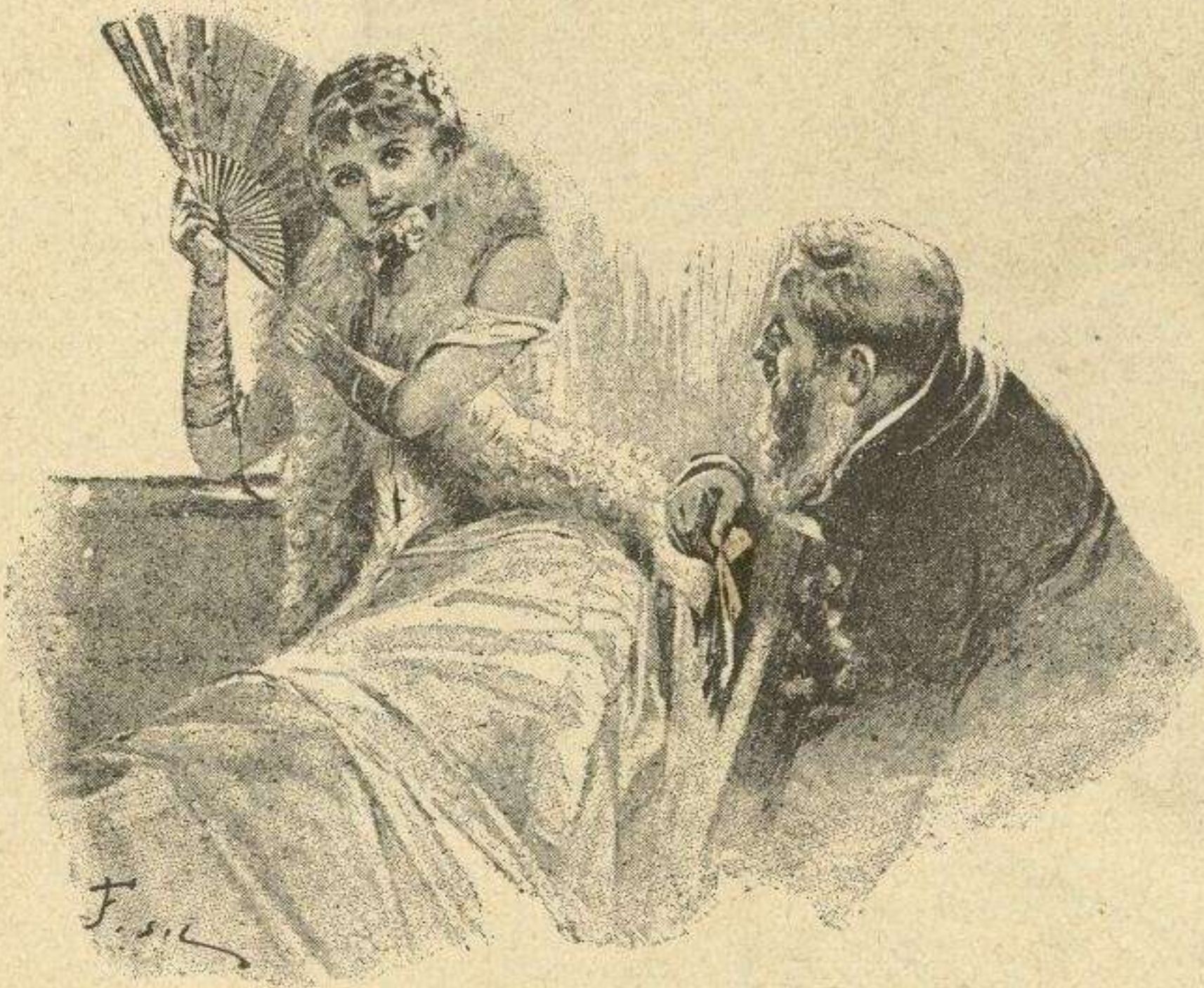
«El éxito de la ópera fué fatal para la artista que interpretaba la principal parte, la Sra. Méric-Lalande, cantante admirable, que fué víctima del régimen atroz á que el compositor la había sometido en aquella obra. Obligada á cantar toda la ópera en un *diapasón* agudísimo, en medio de situaciones enérgicas que exigían incansables esfuerzos y no la dejaban un instante de reposo, la desdichada luchaba con todas sus fuerzas contra dificultades vocales insuperables y acabó por sucumbir. Perdió para siempre la voz...» (1)

¡Alguna ópera de Verdi! No, D. Emilio, no; una ópera del tierno, del dulce, del elegiaco, de aquel de quien dice V. en sus *Murmuraciones europeas* «vereis que de su cadencia heleno-remítica (!!!!) propia del nido de corales y flores donde naciera el melodioso músico de la melancolía dulce, etc., etc., etc.» de BELLINI, Sr. Castelar: *La Straniera*, para que V. lo sepa.

Vea V. como el melodioso músico de la melancolía dulce, metía á las típles en un nido de corales y flores y... ¡les desgarraba la garganta!

Concluiré en el número próximo.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI



LA UNICA DERROTA

I

Tenía más heridas en el cuerpo que en la cabeza canas, el militar valiente que, de viejo, casi tenía la cabeza blanca.

Acostumbrado á las fatigas rudas de la azarosa vida de campaña, tenía el corazón del mismo temple que su invencible espada toledana, y el alma como pasta de cureñas, y el cuerpo como guijas de metralla.

(1) ARTHUR PONGIN.—Bellini, sa vie, ses oeuvres. Paris, 1868.

Mientras pudo luchar, y con su brazo rojo de sangre, sostener la patria, vivió feliz en medio de la guerra, teniendo cuantas dichas deseaba: un amigo muy fiel en su caballo, una cama de hierba en la montaña, el perfume mejor en el aliento de fuego de la pólvora quemada, y la única armonía que allá dentro á música de veras le sonaba: entre el ronco fragor de los cañones, el agudo silbido de las balas, á cuyos ecos, solo algunas veces, envuelto en fiebre, vomitando rábia, cuando estaba en el campo mal herido, no subía el primero á las murallas.

Acabada la lucha, las heridas le quedan aun, como reliquias santas, y las venera porque, siendo suyas, sabe que son de carne de la patria. Se perfuma con pólvora el pañuelo, silba para acordarse de las balas, y aun yendo de paisano, cuando escucha alguna banda militar que pasa, le falta tiempo para erguir la frente,

y echar la mano al sitio de la espada.

II

—Mira—decía el general—no valgo para humillarme á nadie ni por nada; yo, que he mandado ya tantos valientes, no sé pedir favores á las damas, porque nunca ha creído que tuviera que pedir protección á las palabras, un corazón que, hasta hoy, tuvo bastante con la lengua de acero de mi espada. No he suplicado á nadie; no me ha visto nadie en la vida con la frente baja; daría hasta la gloria de mi nombre por no pedir por Dios una mirada, y... ¡ya lo véis! lo mismo que un vencido, un vencido cobarde, hermosa Laura, te pido que me quieras, que me quieras, y caigo de rodillas á tus plantas...

Y al ir á arrodillarse emocionado, vió en los labios de rosa de la ingrata una sonrisa, que le entró en el pecho con el frío de la hoja de una espada. —¿Vencido?—dijo—¡Nunca!.. y dejó el sitio... ¡porque se le saltaban ya las lágrimas!

MARCIAL DE LOS RIOS

ENSAYOS POÉTICOS

LA débil luz de la bujía colocada en el candelero recubierto de lagrimones de esperma, titilaba impaciente, como los suspiros de los agonizantes, produciendo un ténue chisporroteo, y de su pávilo negruzco y retorcido salía, más que los esplendores de la luz, una espiral de humo obscuro en un principio, terroso más tarde, azulado después.

A sus ténues fulgores, los mezquinos cachivaches del chiribitil lucían sus deterioros; algunos bocetos en barro, de poéticos personajes, parecían animarse con la sonrisa que, de poder, tendrían los muertos, y un hombre trabajaba sobre las hojas mugrientas y desiguales de papel blanco.

El tipo que de los poetas ha forjado la fantasía popular, cuadraba desde los piés á la cabeza á aquel extraño individuo, que, sin levantar la vista del papel, trémulo, agitado, convulso, como azogado, dejaba correr la pluma mohosa, estampando geroglíficos que querían interpretar los pensamientos que bullían, como bulle el champagne dentro de la botella agitada, en aquel cerebro cubierto por un verdadero felpudo capilar, al que no dejaba en paz un momento la mano izquierda del poeta, larga como correas de disciplina pedagógica, huesosa como ancas de pollo tísico, arrugada como uvas de cueлга.

Don Anacreonte de la Silva, poeta el más melenudo del gremio, el más bohemio de los de la clase, el más desheredado por las musas, de cuantos han pretendido el ingreso en los perfumados jardines del Parnaso, se agitaba en secreto para llevar á término dichoso el más grande de los poemas creados por mente de poeta melenudo.

—¡Oh!—habíasele oído decir frecuentemente en botellerías y saloncillos de teatro—si mi poema *La Hecatombé* llega á su término con los bríos que la sacrosanta inspiración me ha dado para empezarle, si Apolo me ayuda en mi magna obra, como ayudó á Diana á salir del seno de Latona; si como Illythia aligeraba los dolores de las madres me ayuda con sus besos á dar á luz mi gran obra, si llego á ceñirme con mi obra las cintas del himneo con que se ceñieron Menelao y Elena, ¡oh! entónces, la gloria derramará sobre mis sienas su rocío vivificador, y no habrá Iliada que pueda competir con la mía, ni Homero que ose comparármese, ni Olimpo como mi guardilla, ni Meleagro que se me iguale!...

Toda su ambición, pues, la encerraba en el éxito de su hecatombé,... y en el director del primer periódico que quisiera publicársela.

II

Por aquellos tiempos, adquirió cierta popularidad un periodiquillo, que, á punto fijo no se si titulaba *La flor de azahar*. Su director propietario, hombre nacido para el mostrador mas que para las letras, supo á fuerza de presentar el periódico en condiciones materiales á que no estaba acostumbrado el público, atraerselo de tal manera, que, en poco tiempo, *La flor de azahar* adquirió circulación extraordinaria. En un principio, persuadido voluntariamente el mercader-periodista de su ineptitud para regentar y menos para dirigir el flamante periódico, llamó á su lado á quien con mejores títulos pudiera hacerlo. Pero la literaria es de las manías del hombre acaso la más contagiosa, y, al poco tiempo, y una vez que el periódico adquirió la viabilidad necesaria, echó en el más espantoso de los olvidos sus aguas para matar chinches, base de su fortuna, para dedicarse con alma y vida á dar dirección á su revista.

En su nuevo estado supo colocarse á la altura de las circunstancias y encerrado en su dirección y embutido en su batín, era un tiranuelo para cuantos, con mejores ó peores títulos, á él pretendían acercarse.

El ingreso del literato á las columnas de *La flor de azahar* era más difícil que el ingreso de un rico en el reino de los cielos y aun supongo que la parábola del pobre y el rico hubiera, empleado á la tal revista por término de comparación, si aquella hubiera tenido vida en los tiempos bíblicos, ó la parábola hubiera permanecido inédita unos cuantos cientos de años. La aureola de eminentes que circundaba, por esto mismo, á cuantos conseguían estampar allí su firma, hacía más apetitoso el ingreso, y de todas maneras, el propietario de *La flor de azahar* tenía entre todos sus defectos la buena cualidad de ser pagador excelente, no tanto por las cantidades que entregaba, como por la puntualidad con que lo hacía, detalle que aguzaba aun más el apetito de los literatos de la época.

III

Don Anacreonte de la Silva terminó, con la última vela de su candelero, el último alejandrino de su poema.

Los dioses habían velado por D. Anacreonte.

La flor de azahar había multiplicado su circulación y de sus lustrosas columnas al señorial sillón de la Academia, era fama, no había más que un paso.

El poeta cayó en la tentación, y limpias las uñas, atusado el cabello, relucientes las botinas, pulcro en fin, como nadie jamás le había conocido, con *La Hecatombe* arrollada en monstruoso paquete se dirigió á librar la batalla en que jugaba su fama.

Le anunció un criado y fué inmediatamente recibido... ¿Pues no decían que era tan arisco?

—¿El director de *La flor de azahar*?

—Para servir á V... Usted dirá... Estoy muy ocupado...

—Soy Anacreonte de la Silva... No se si conocerá mi nombre... Me llaman el Anacreonte moderno... He compuesto este poema... y se le traigo á V. para...

—¿Versos?... Está bien... Haga V. mismo el favor de romperlos y echarlos al cesto...

C. OSORIO Y GALLARDO

HISTORIA DE UN DURO

CONTADA POR ÉL MISMO

♦ (continuación) ♦

III

En la sesión de la noche de la literaria cueva, esclavo quedé de un tipo, que entre catorce pesetas sencillas y cuatro dobles me metió en su faltriquera. Camino para su casa, descansó en una taberna. Tomó primero una copa y después media docena, otra luego, y después otra, y después... la borrachera más fenomenal que he visto. Con el dueño de la tienda, el mozo y un matutero de los de la Guindalera, se puso á jugar al mus. Bandeja sobre bandeja con docenitas, no sé cuantas la gentuza aquella consumió. Ya al ser de día, pidió el borracho la cuenta. ¡Ochenta y ocho reales! Total, las piezas pequeñas que llevaba en el bolsillo. ¡Quedé solo con la pena de pensar lo que iba á ser de mí! Al fin tomó la puerta nuestro hombre, y haciendo esos por las calles y *et ceteras* consiguió llegar á casa, —que no fué poco:— Madera... —no sé el número ni quiero,— piso cuarto de la izquierda. Como es natural, cayó seis veces en la escalera. Se lastimó una espinilla, se hizo un chirlo en la cabeza, pero le dió por reirse y al llegar á la meseta de su cuarto, dió tres golpes... Esperando á que le abrieran y entre... ¡oles á su personal!... se cantaba peteneras, dándose dos pataitas, —á estilo de la Roteña,

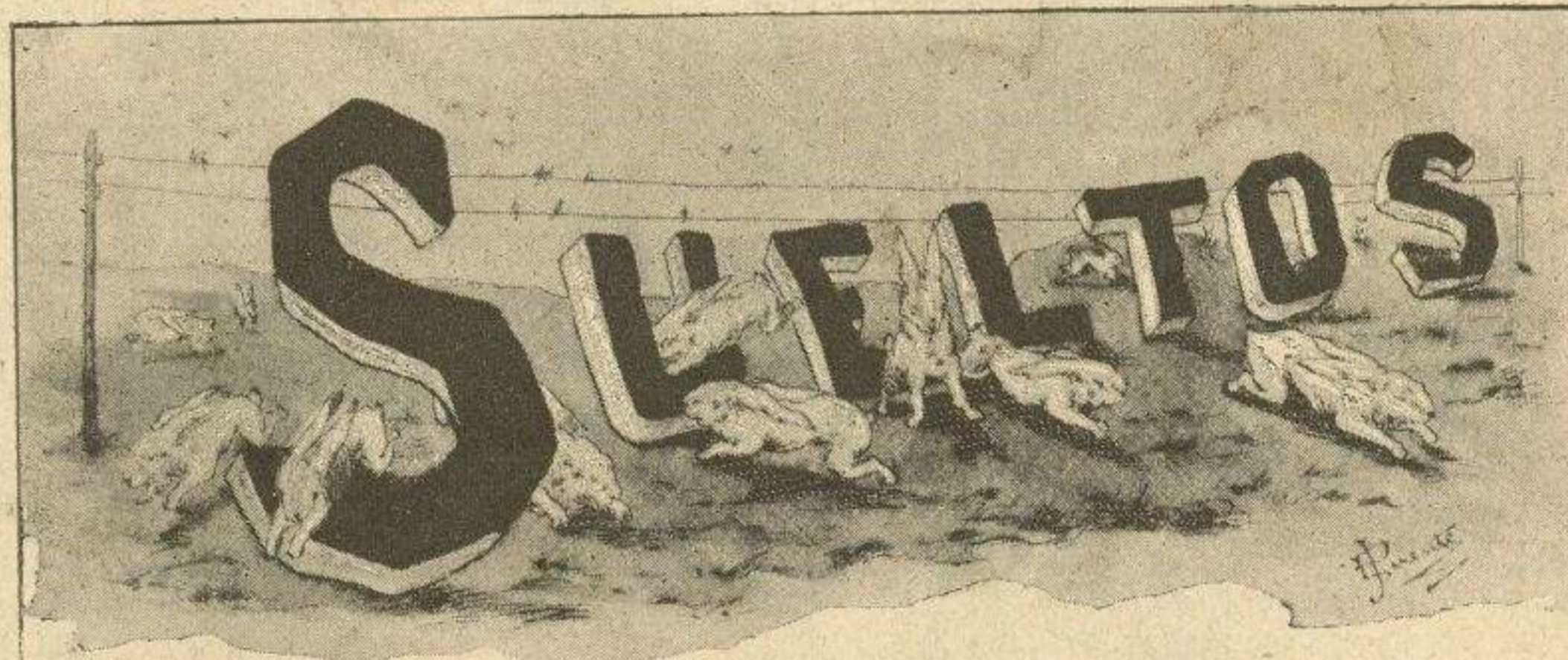
según decía.—Le abrieron... ¡Vaya una marimorena que armó! La infeliz esposa, por estar bastante enferma, tardó algun tanto en abrir. —¿Quién te figuras que llega? ¿Algun pingo? Pues yo soy el amo; á mí se me espera sin dormir, hasta que llegue, sea la hora que sea. —Bien, hombre: no lo haré más, pero como no estoy buena... —Me alegro.—Me sentí mala y muy mala...—Así te mueras. —No vivirá mucho tiempo, pues...—¿Qué lágrimas son esas? Quiero alegría en mi casa. Me fastidia la tristeza. Vengo con un apetito... Que me calientes la cena; y hazme unas sopitas de ajo. —¡Si no hay pan en la alhacena ni carbón en la cocina! —¿No?—Ni aceite en la despensa. Si no hemos cenado anoche, esperando á que vinieras con dinero.—¿Qué mujeres! ¡Pues me gusta la exigencia! ¡Pedirme dinero á mí! Echó sapos y culebras por aquella boca el picaro, y echó á rodar una mesa, rompió sillas, luego loza, abrió un boquete en la estera con una navaja... En fin, con las voces se despiertan los chicos, muy asustados, y la pobrecita abuela, con su blanca papalina, que, con ser grande, no llega á la del yerno. El maldito ni á la ancianidad respeta. Empezó á pegar á todos, sin librarse en la refriega ni el perro ni la gatita. Cambia de pronto la escena

y dice: ¡Dinero, hossana! Y alegremente me enseña á la familia.—Un silencio, estupefacción completa. —Toma, le dice á la esposa: vete al punto á la plazuela y almorcemos en familia. «Hogar y paz» es mi emblema. Súbete dos panecillos para todos; lo que resta para vino. ¡Viva España! ¡Viva nuestra noble tierra y su corazón, que está...! —¿Dónde, papá?—En Valdepeñas. Y empezó á cantar un himno. De pronto cae y se queda dormido. Respiran todos. Los estómagos se alegran. La esperanza de un almuerzo consigue borrar las huellas del recuerdo de que anoche no cenaron. La Teresa, que es la esposa del borracho, —una santa, por la muestra— se fué á la carnicería.

Por un kilo de chuletas pasé á ser del carnicero. Y aquí, aquí es donde entran mis desdichas. A las nueve de la noche, se presenta ante el carnicero un... un punto de la secreta, y el carnicero le dice en voz baja y con cautela; —Hay que ganar la elección. —Pues, á duro por cabeza, puede usted proporcionarse todos los votos que quiera. —Han de votar por... —Corriente. —Toma, tu voto. ¡Y me entrega al polizonte maldito! ¡Qué vergüenza, qué vergüenza! ¡Lo que el día de elecciones he corrido!... ¡Qué molestias! ¡Qué escándalos! Una pausa, que tengo la boca seca. En el capítulo cuarto diré cosas estupendas.

RAFAEL MARÍA LIERN

(Seguirá.)



Días pasados armaron un escándalo monumental tres individuos que se disputaban, primero en la calle, y en el Juzgado después, la propiedad de una capa.

Y vean Vdes. las pruebas que cada uno alegaba para sostener su derecho.

Uno enseñaba la factura del sastre.

Otro una papeleta de empeño.

Y el otro... ¿Qué? dirán Vdes.

Pues un pedazo de trencilla, de la *interfecta* también.

Aquí si que no cabe lo de «todos somos muy honrados pero la capa no parece».

Lo que, por lo visto, no pareció, fué la honradez.

Y aún faltó un cuarto en discordia que probara que era suya sin más recomendación que enseñarle al juez las uñas.

Unos jóvenes bromistas, según ha dicho la prensa, en Córdoba, á un novillero, le han cortado la coleta. El chico, por devolverles la bromita ó lo que sea, ha llevado al tribunal el asunto de la *cuerta*, y por indemnización

y perjuicios, *etcétera*, les pide modestamente dos mil quinientas pesetas. Y un maleta, que parece un baul-mundo por la muestra, comentando ayer el caso le decía ayer al *Pelma*: —Pues chico: si le dan eso... ¡que me la corte el que quiera!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- J. F. *Barcelona*. Si no fuera por lo de «lo demás para mí es de escasa monta. Tal ignorancia mi fé ciega afronta»... se le publicaría á V. el soneto bien *pronto*.
 - J. G. D. *Madrid*. ¿Y qué dirían los lectores si en tiempos del sufragio universal intentáramos hacerles llorar con esas tristezas? Pues, lo menos, lo menos que dirían, sería lo que yo digo: ¡*Arri allá!*
 - M. P. *Madrid*. Pues en lugar de decir «por si acaso provemos» vale más que se diga usted siempre «no probemos por si acaso». Y así, con b, que no está tan feo.
 - M. de P. *Tortosa*. Gracias por todo. Mande algo *mas largo* y veremos.
 - Juanillo. *Barcelona*. Y V. algo más corto y también veremos.
 - P. P. T. *Valencia*. Y V. nada, y así nos ahorra el disgusto de verlo.
 - El *Bachiller Sanson*. Publico el final, con su misma *presodia* y todo, para que no tenga usted motivo de queja.
 - «¿Por que me deshojaste de la calma que reinaba tranquila en mi cerebro?
 - ¿Por que Matilde me robaste el alma y sin tí lo agradable no celebro?»
- y me quedo, presa de la misma amargura, haciéndome idéntica consideración: ¿Por qué?... ¿por qué?...
- (Quedan más cartas por contestar.)



FARMACIA DEL DOCTOR VIDAL QUER

CALLE GUARDIA, 16. — BARCELONA

JARABE DE FOSFATO Y ARSENIATO SÓDICOS, CREOSOTADO

Poderoso reconstituyente, completamente asimilable, necesario á los enfermos de afecciones pulmonares y demás del aparato respiratorio

FRASCO 2 PESETAS

TALLERES DE TIPO-LITOGRAFIA

ENCUADERNACIONES Y RELIEVES

JOSÉ BUSQUETS GEORGE

Olmo, 8. — BARCELONA

REGENERADOR UNIVERSAL

EL MEJOR TÓNICO, DEPURATIVO Y RECONSTITUYENTE

Cura todas las enfermedades debidas á la impureza ó debilidad de la sangre: raquitismo, escrófulas, flujos, clorosis, anemia, desarreglos menstruales, herpes, venéreo, & &.

Los débiles, linfáticos y convalecientes deben tomarlo

DEPÓSITO: J. URIACH Y C.ª Calle de Moncada, 20. — BARCELONA

PLUMA Y LAPIZ

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

Barcelona.	semestre 4'50 Pesetas
Provincias.	6' »
Ultramar y extranjero.	18' »

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN BUENOS AIRES

D. EMILIO A. COLL. — Calle de Chile, número 2184

Se admiten anuncios para este periódico